

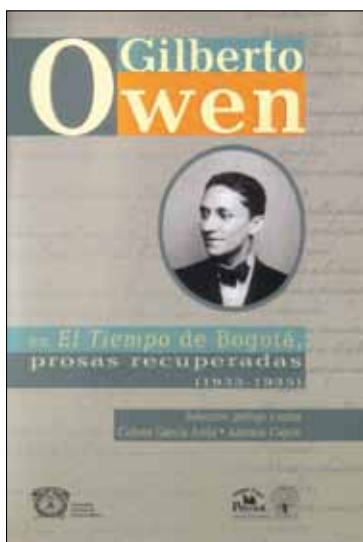
El otro Owen, sabueso de su tiempo

JUAN ANTONIO ROSADO ZACARÍAS

Estoy improvisándoles una literatura, un arte, un partido político, casi un mundo. Y sé que, si lo logro, me van a correr también de aquí. Me iré a Panamá, a Chile, a Cuba, qué sé yo. A hacer lo mismo, a pensar en México —tú, mis amigos es México— cada día más lejos, más en la fábula.

GILBERTO OWEN

Es difícil —si no imposible— tipificar al grupo de la revista *Contemporáneos*, hacerlo pasar como un conjunto de poetas o individuos unidos por cierta ideología o por cierta poética. Lo anterior sería posible si redujéramos el espectro y pensáramos, por ejemplo, en lo que Salvador Novo llamó la ‘generación bicápite’ (Novo y Villaurrutia) o en un poeta como José Gorostiza, de cuya *Muerte sin fin*, ajena a toda pretensión política o ideológica, se ha escrito una considerable cantidad de interpretaciones y análisis. Tal vez Gilberto Owen (1904-1952) sea una excepción en el grupo por varias razones. Es cierto que los ensayos de Jorge Cuesta, concretamente los ensayos políticos, son lúcidos, inteligentes, penetrantes, y que a menudo sostienen tesis provocativas; pero Cuesta no comulgó siempre con la izquierda ni defendió



Gilberto Owen en *El Tiempo de Bogotá, prosas recuperadas (1933-1935)*, Celene García Ávila y Antonio Cajero (sel., pról. y notas), UAEM/Miguel Ángel Porrúa, 2009.

con fervor y pasión una ideología cercana a lo que Alfonso Reyes llamó ‘americanería andante’, es decir, un pensamiento propiamente latinoamericano, o por lo menos no lo hizo con la continua intensidad de Reyes (recordemos la pasión con que el polígrafo mexicano y otros ateneístas recibieron el *Ariel* del uruguayo José Enrique Rodó). En contraste, Gilberto Owen enarbó con pasión la bandera latinoamericanista, de forma particular en los años treinta, cuando el contenido social era casi imprescindible en cualquier género de las letras hispanoamericanas. Se trata de una faceta poco conocida del autor de “Simbad el varado” y del “Libro de Ruth”. Por fortuna, ha salido a la luz una serie de prosas escritas por Owen en Bogotá, entre 1933 y 1935. Algunas, firmadas con su nombre; otras, con

las iniciales G.O.; otras, con su nombre al revés: Newo Otreblig; unas más, con el seudónimo Xavier Paradox, o sin nombre, pero atribuibles al poeta, quien ya se había dado a conocer con obras como *La llama fría* (1925) o *Novela como nube* (1926). La selección, el prólogo y las notas estuvieron a cargo de Celene García Ávila y Antonio Cajero.

Tal vez el rasgo que une a los Contemporáneos sea, además de su amistad, la voluntad de estilo, la implacable autocrítica, y lo anterior acaso explique el hecho de que Owen haya después olvidado sus textos en la prensa colombiana, o los haya ignorado. Quizá el poeta pensó que se trataba de ese tipo de textos a los que suele llamarse ‘de oportunidad’, sin un valor estético permanente. No obstante, el tiempo —es decir, las nuevas generaciones— se encarga de decidir si una obra vale o no la pena de ser recordada. Sin duda, lo que Owen publicó en la prensa colombiana posee no sólo un valor histórico, sino también estético. La literatura, desde su nacimiento en la oralidad, siempre ha sido un acto de comunicación con una serie de funciones sociales. El hecho de que un texto pueda desarrollar o referirse a un tema político, ideológico o circunstancial desde el punto de vista de la sociedad, no significa —necesariamente— que ya por eso deje de ser arte, pues este fenómeno cultural (el arte) tiene la posibilidad de expresar lo que sea:

todo el universo —como afirma el poeta español Pedro Salinas— es materia de la poesía. Lo importante, para que sea permanente, es su función estética: la forma como un vehículo para expresar ésos u otros muchos temas, y no como un fin en sí mismo, a pesar de que esta última idea —puesta de moda por Victor Cousin y otros teóricos del inexistente ‘arte por el arte’— haya prevalecido entre las pretensiones de algunos artistas.

El 6 de abril de 1931, Owen es designado como encargado del consulado en Lima, cargo que desempeña hasta el 27 de julio. La legación mexicana en Perú es acusada de intervenir en asuntos internos, por lo que se traslada a Panamá en mayo de 1932. El Owen revolucionario y marxista —había leído *El capital* con Jorge Cuesta en su juventud— despierta en Lima, donde conoció a Víctor Raúl Haya de la Torre, el fundador de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), creada en 1924 con fines antiimperialistas. Owen se contagió —como él mismo afirma— de “sarampión marxista”. Estuvo en Ecuador y fue acusado de intervenir en la política interna de ese país. Ya destituido de su cargo consular, siguió defendiendo las causas de la APRA.

Al parecer, desde fines de 1932 Owen se halla en Bogotá. Sin duda —como bien afirman los compiladores y prologuistas del libro que comento— los textos poseen autonomía estética, pero también se hallan arraigados en

las circunstancias del momento. No se trata —y aquí disiento de los autores— de un fenómeno extraño. Basta leer los artículos periodísticos de cualquier gran escritor: penetran en la vida diaria y en la circunstancia del momento, pero lo hacen con conciencia de estilo. ¿Podría ser de otro modo? Lo que sí es verdad es que los artículos compilados nos ofrecen ‘otra’ imagen de Owen. Este poeta colabora en *El Tiempo* y se convierte en un artista comprometido con la situación latinoamericana, en un hombre vinculado a su realidad histórica, política y social.

Owen defiende la idea de que las relaciones desiguales entre las potencias y las naciones de la periferia deben transformarse (podrá ser una idea emanada de la circunstancia de aquel entonces, pero, lamentablemente, sigue siendo actual, muy actual). “Filipinas en su víspera”, el primer texto de este poeta en *El Tiempo*, es claramente antiyanqui. Su función crítica consiste en denunciar el pernicioso paternalismo de Estados Unidos en una nación arraigada en la tradición hispana. En este sentido, el mexicano es un continuador de la voz de Rubén Darío en, por ejemplo, su oda “A Roosevelt” (de *Cantos de vida y esperanza*), poema que defiende la hispanidad ante las garras anglosajonas del norte. En “Sandino y Goliat”, Owen se refiere a la “rapacidad de Wall Street” y también afirma que “hay que luchar primero con la traición de dentro de casa”.

Los artículos, crónicas o testimonios de este miembro de los Contemporáneos están llenos de referencias históricas y culturales en general, pero también —por supuesto— de referencias literarias: desde clásicos como Homero, Plutarco, Emily Dickinson o *El Periquillo Sarniento*, de Lizardi, hasta escritores cercanos o contemporáneos al poeta, como Rubén Darío, José Martí, Gabriela Mistral y otros innumerables. Owen despliega una vasta cultura y la aplica a su realidad, la utiliza como arma no sólo retórica, sino aunada indisolublemente a una sensibilidad social y política a favor de los desprotegidos, de los explotados, de los países de la periferia. Gracias a este libro, Owen se revela como una de las voces de América; deja de ser un poeta preocupado o comprometido sólo con su arte, con la forma de expresar la palabra esencial, y se convierte en un artista cabal, integrado a su momento histórico. Se vuelve —para utilizar la expresión de Elías Canetti— un “sabueso de su tiempo”.

JUAN ANTONIO ROSADO ZACARÍAS. Doctor en Letras por la Universidad Nacional Autónoma de México. Narrador y ensayista. Autor de *El cerco* (novela) (2008), *Entre ruinas, penumbras* (poemas y aforismos) (2008), *Las dulzuras del limbo* (cuentos) (2003) y de varios ensayos, entre los cuales están *Palabra y poder* (2006), *Erotismo y misticismo* (2005), *Juego y revolución* (2005), *El engaño colorido* (2003) y *Bandidos, héroes y corruptos* (2001).